



Como te ves, me vi

Don Víctor: Me parece, don Hugo, que nos hemos pasado de largo. Yo le quería enseñar...

Don Hugo: ¡No nos hemos de pasar!... si parece esto una gusanera... está hoy el Rastro, ¡que no se ven ni los puestos!

Don Víctor: ¿Gusanera, dice usted? ¡Y tanto! Si en el fondo el Rastro es como un cuadro macabro de Valdés Leal. Aquí estamos los gusanos rebullendo sobre los cadáveres.

Don Hugo: Extraño mercado... porque, en definitiva, ¿qué venimos a buscar entre los despojos de los difuntos?

Don Víctor: Una dentadura usada, quizá; acaso una lavativa de cuando se utilizaban; un perchero manco, tal vez...

Don Hugo: No siga usted, don Víctor... ¡que me lo compro todo!

Don Víctor: ¿No cree usted que esta afición por objetos tan gastados, e incluso exhaustos, no responda al mismo deseo de tener junto a nosotros el verdadero cadáver de Cristo, magullado, tumefacto, sanguinolento, dislocado?

Don Hugo: Sí, un Cristo de verdad, no resucitado, con su pelo y con sus uñas, crecidos después de muerto.

Don Víctor: Nada de que al tercer día resucitara; para nosotros, son tres meses por los menos... como le gustaría a Ramón: ¡verdadera carroña!

Don Hugo: Yo creo, don Víctor, que en España tenemos tanto apego a nuestros muertos que nos lamentamos de que tengan que ir al Cielo.

Don Víctor: A todo hay quien nos gane, don Hugo. Recuerde usted los escritos de Juan Rulfo: en México los muertos siguen entre los vivos.

Don Hugo: A este propósito, ¿qué me dice usted, don Víctor, del museo de momias de Guanajuato?

Don Víctor: Pues que responde a lo mismo... pero, mire, parece que empiezan a aflojar algo estas apreturas del mar de los Sargazos... Aprovechemos esta brisa y vayamos a ver momias.

Don Hugo: "Como te ves, me vi. Como me ves, te verás".